

de Sertorio y de la España; pero Craso lo que es el triunfo solemne ni siquiera se atrevió á pedirlo; mas ni aun el menos solemne, á que llaman ovacion, parecia propio y digno por una guerra de esclavos. En que se diferencie este del otro, y de donde le venga el nombre, lo tenemos ya declarado en la vida de Marcelo.

Naturalmente parecia despues de esto ser llamado al consulado Pompeyo; y aunque Craso tenia alguna esperanza de ser elegido con él, se resolvió no obstante á pedirle su intercesion. Tomó este con gusto el encargo, porque deseaba ocasion de dejar obligado con algun favor á Craso: así trabajó con eficacia, y por último llegó á decir en la junta pública que no seria menor su gratitud por el colega que por la dignidad misma. Mas una vez alcanzada esta, no se mantuvieron en los mismos sentimientos de union y concordia, sino que antes oponiéndose como quien dice en todos los negocios el uno al otro, y estando en continua pugna, hicieron infructuoso y casi nulo su consulado; sin otra cosa notable que haber hecho Craso un gran sacrificio á Hércules, dando con ocasion de él un banquete al pueblo en diez mil mesas, y repartiendo trigo para tres meses á los ciudadanos. Estando ya en el último término su magistratura celebraban junta pública; y un hombre poco visible, aunque del orden ecuestre, oscuro y retirado en su método de vida, llamado Onacio Aurelio, subiendo á la tribuna, y llamando la atencion, se puso á explicar este sueño que habia tenido: « Porque Júpiter, dijo, se me ha aparecido, y me ha mandado os diga en público, que no deis lugar á que los cónsules dejen el mando antes de haberse hecho amigos. » Dicho esto, clamó el pueblo que debian reconciliarse; á lo que Pompeyo se estuvo quedo; pero Craso le alargó el primero la mano, diciendo: No me parece, ó ciudadanos, que hago nada que me degrade, ó que pueda tenerse por indigno de mí si me adelanto á dar este paso de benevolencia y amistad con Pompeyo, á quien vosotros llamasteis *grande* cuando apenas tenia bozo, y á quien decretasteis el triunfo antes de ser admitido en el Senado.

Hemos dicho lo que el consulado de Craso ofreció digno de

alguna atencion: pues la censura todavía fue mas oscura é inactiva; porque ni hizo investigacion del Senado, ni pasó revista á los caballeros, ni impuso nota á ninguno de los ciudadanos, sin embargo de que tuvo por colega á Luctacio Cátulo, varon el mas dulce y apacible entre los Romanos. Ha quedado memoria de que intentando Craso reducir el Egipto á la obediencia del pueblo romano por un medio inicu y violento, se le opuso Cátulo con el mayor esfuerzo; y que habiéndose ocasionado entre ambos con este motivo una fuerte discordia, espontáneamente abdicaron aquella dignidad. En las grandes agitaciones causadas por Catilina, que estuvo en muy poco no trastornasen del todo la república, hubo contra Craso alguna sospecha; y aun uno de los conjurados pronunció en público su nombre; pero nadie le dió crédito. Con todo Ciceron en una oracion claramente echó la culpa de aquel atentado á Craso y á César: bien es que este escrito no salió á luz hasta despues de la muerte de ambos. El mismo Ciceron en la oracion del consulado dice que Craso fué á su casa por la noche, y le presentó una carta en que se hablaba de Catilina, y con la que se confirmaba la sospechada conjuracion. Lo cierto es que Craso miró siempre con odio á Ciceron con este motivo; y si manifiestamente no se vengó, fue precisamente por su hijo Publio; el cual, siendo muy dado á las buenas letras y á la filosofia, estaba siempre al lado de Ciceron: de manera que cuando se vió su causa, mudó con él de vestidura, é hizo que ejecutaran otro tanto los demas jóvenes; y al cabo recabó del padre que se le hiciera amigo.

César luego que regresó de la provincia, se disponia para pedir el consulado; pero viendo otra vez á Craso y á Pompeyo indispuestos entre sí, ni queria, valiéndose del favor del uno, ganarse por enemigo al otro, ni tampoco esperaba salir con su intento sin el auxilio de uno de los dos. Trató pues de reconciliarlos, no dejándolos de la mano, y haciéndoles ver que con sus discordias fomentaban á los Cicerones, á los Cátulos y Catones, de quienes nadie haria cuenta, si teniendo ellos á unos mismos por amigos y por enemigos gobernaban la república con una sola fuerza y un solo espí-

ritu. Convenciólos, y logró unirlos; con lo que formando y constituyendo de los tres un poder irresistible, que fue la ruina del Senado y la disolucion del pueblo, no tanto hizo mayores á los otros, cuanto por medio de ellos mismos consiguió quedarles superior; pues que á virtud de los esfuerzos de ambos fue al punto elegido cónsul con el mayor aplauso. Durante su gobierno, en el que se conducia perfectamente, hicieron que se le decretase el mando de los ejércitos; y poniendo en sus manos la Galia, lo colocaron como en un alcázar, creidos de que todo lo demas se lo repartirian á su gusto entre sí con mantenerle á aquel firme y estable la provincia que le había cabido en suerte. Prestábase á todo esto Pompeyo por su ilimitada ambicion; pero en Craso su enfermedad antigua, la avaricia, excitó un nuevo deseo y una nueva emulacion con motivo de los trofeos y triunfos de César en los que no llevaba á bien ser inferior, cuando sobresalia en todo lo demás: de manera que no paró ni sosegó hasta causar á la patria las mayores calamidades, y precipitarse él mismo en una afrentosa perdicion. Habiendo pues bajado César de la Galia hasta la ciudad de Luca, acudieron allá muchos desde Roma; y pasando tambien reservadamente Pompeyo y Craso, acordaron apoderarse de lleno de todos los negocios, y hacerse exclusivamente dueños de todo mando, manteniéndose con esta mira César sobre las armas, y repartiéndose Pompeyo y Craso otras provincias y ejércitos. Para esto no había mas que un camino, que era otra peticion del consulado; y presentándose estos por candidatos, debia prestarles ayuda César, escribiendo á sus amigos y enviando á muchos de sus soldados para asistir á los comicios.

Vueltos á Roma Pompeyo y Craso despues de este tratado, al punto se levantó contra ellos la sospecha, y corrió de boca en boca la voz de que en su entrevista no había sido para cosa buena. En el mismo Senado preguntaron Marcelino y Domicio á Pompeyo, ¿si pediria el consulado? á lo que respondió, que quizá lo pediria, y quizá no; y preguntado de nuevo, contestó que lo pediria para ciudadanos hombres de bien, mas no para ciudadanos injustos. Pareciendo nacidas de arrogancia y de soberbia estas respuestas,

Craso contestó con mas moderacion, diciendo que si había de ser para bien de la república pediria el consulado, y sino se abstendrian; por lo cual algunos se resolvieron á presentarse tambien candidatos, y entre ellos Domicio. Mas como al tiempo de las súplicas se mostrasen ya descubiertamente, todos los demas desistieron de la pretencion; pero Caton sostuvo á Domicio, que era su deudo, y lo alentó á que tuviera esperanza, y entrara en contienda por las libertades públicas: porque no era al consulado á lo que aspiraban Pompeyo y Craso, sino á la tiranía; ni aquello era peticion de una magistratura, sino rapiña de las provincias y de los ejércitos. Como de este modo se explicase y pensase Caton, casi no le faltó mas que llevar á empujones á Domicio hasta la plaza, siendo por otra parte muchos los que se pusieron á su lado. Preguntábanse unos á otros con no pequeña admiracion, ¿para qué querrian estos un segundo consulado? ¿por qué otra vez juntos? ¿y por qué no con otros? Pues tenemos, decian, muchos hombres que pueden muy bien ser colegas de Craso y de Pompeyo. Cobraron miedo los del partido de este con tales voces, y no hubo vileza ni violencia á que no se propasasen; sino que armando asechanzas, sobre todo á Domicio, que todavía de noche bajaba á la plaza con otros, dieron muerte al criado que le precedia con el hacha, é hirieron á varios, entre ellos á Caton. Ahuyentando pues á estos y encerrándolos en casa, se hicieron declarar cónsules; y de allí á poco tiempo, rodeando de armas el Senado, echando á Caton de la plaza, y dando muerte á algunos que les hicieron oposicion, prorogaron á César su mando por otros cinco años, y para sí mismos se decretaron la Siria, y una y otra España: despues echadas suertes, tocó á Craso la Siria, y las Españas á Pompeyo.

Habia salido la suerte puede decirse que á gusto de todos: porque había muchos que no querian que Pompeyo se alejase á gran distancia de la ciudad; y este, que amaba con exceso á su mujer, se veia que se detendria cuanto pudiese. A Craso desde el punto en que cayó la suerte se le conoció la gran satisfaccion que le produjo, y que lo tuvo por la mayor dicha que pudiera sobrevenirle: de manera que apenas

podía contenerse aun ante los extraños y la muchedumbre; pero lo que es con sus amigos no hablaba de otra cosa, profiriendo expresiones pueriles y vacías de sentido, contra lo que pedían su edad y su carácter, que nunca había sido hueco y jactancioso; mas entonces acalorado y fuera de tino, no ponía por término á su ventura la Siria ó los Partos; sino que mirando como niñería los sucesos de Luculo con Tigranes, y los de Pompeyo con Mitridates, pasaba con sus esperanzas hasta la Bactriana, la India y el mar exterior. Nada en verdad se decia de guerra pártica en el decreto que se sancionó; pero todo el mundo sabia que esto era lo que ansiaba Craso; y César le escribió desde las Galias celebrando su designio, y dándole priesa para partir á la guerra. Mas luego se vió que el tribuno de la plebe Ateyo iba á oponérsele al tiempo de la salida, teniendo de su parte á muchos que no entraban bien en que se fuese á hacer la guerra á unos hombres que en nada habían faltado, y con quienes intercedían tratados de paz; de miedo de lo cual rogó á Pompeyo que se pusiera á su lado y le acompañara. Era ciertamente grande la autoridad de Pompeyo para con el pueblo; y aunque había muchos que estaban dispuestos á impedir la marcha y levantar alboroto, los contuvo verle al lado de aquel con semblante risueño: de manera que sin el menor obstáculo los dejaron pasar. Ateyo con todo se les puso delante, y primero le dió en voz, tomando testigos, la orden de que no partiese, y despues mandó al ministro que le echara mano y lo detuviera. Impidieronlo los otros tribunos: así el ministro no llegó á asir á Craso; pero Ateyo corrió á la puerta, y puso en ella una escalfeta con lumbre; y cuando llegó Craso, echando aromas, y haciendo libaciones, prorumpió en las imprecaciones mas horrendas y espantosas, invocando y llamando por sus nombres á unos Dioses terribles tambien y extraños. Dicen los Romanos que estas imprecaciones detestables y antiguas, tienen tal poder, que no puede evitarlas ninguno de los comprendidos en ellas, y que alcanzan para mal aun al mismo que las emplea: por lo que ni son muchos los que las profieren, ni por ligeros motivos. Así entonces reconvenian á Ateyo de que hu-

biese atraído sobre la república, por cuya causa se había manifestado contrario á Craso, semejantes maldiciones, y semejante ira de los dioses.

Marchó pues Craso, y llegó á Brindis; y sin embargo de que el mar estaba todavía agitado de tormenta, no se detuvo, sino que se hizo á la vela, perdiendo algunos buques. Recogió las fuerzas que le habían quedado, y por tierra siguió su viaje atravesando la Galacia. Allí vió al Rey Deyotaro, que siendo ya de edad avanzada, estaba fundando una ciudad nueva; sobre lo que se chanceó con él diciéndole: ¿Cómo es esto, ó Rey, despues de las doce del dia empiezas á edificar? y el Gálata sonriéndose, óla pues, le repuso: Tú tampoco, ó Emperador, has madrugado mucho para invadir á los Partos: porque Craso había ya pasado de los sesenta años, y á la vista aun parecia mas viejo de lo que era. Al principio los negocios se le presentaron muy segun sus esperanzas, porque pasó con mucha facilidad el Eufrates; condujo sin tropiezo el ejército, y entró en muchas ciudades de la Mesopotamia, que voluntariamente se le entregaron. En una de ellas, de que era tirano uno llamado Apolonio, le mataron cien soldados, y marchando contra ella con su ejército, la rindió, la entregó al saqueo, y vendió los habitantes: los Griegos llamaban á esta ciudad Zenodocia. De resultas de haberla tomado, admitió el que el ejército le saludase Emperador; incurriendo en gran vergüenza, y apareciendo muy pequeño y de pecho muy angosto, pues que de tan insignificante triunfo se pagaba. Puso de guarnicion en las ciudades rendidas hasta siete mil hombres de infantería y mil caballos, y se retiró á la Siria á tomar cuarteles de invierno. Estando allí llegó el hijo que iba de la Galia de parte de César, mostrándose engalanado con premios, y llevándole mil soldados de á caballo escogidos. Y de los grandes yerros cometidos por Craso en esta expedicion, fuera de la expedicion misma, parece que este fue el primero: á saber, el que cuando era menester obrar con celeridad y apoderarse de Babilonia y Seleucia, ciudades mal avenidas siempre con los Partos, hubiese dado tiempo á los enemigos para prepararse. Reprendíanle asimismo de que su detencion en la Siria hu-

biese sido mas bien pecuniaria que militar, pues ni investigó el número de las armas, ni reunió las tropas para ejercitarlas; y solo se entretuvo en hacer el cálculo de las rentas, habiendo gastado muchos dias en poner en pesos y balanzas la riqueza de la Diosa que se veneraba en Hierapolis. Escribia á los pueblos y á las autoridades, señalándoles el número de soldados que habian de presentar; y como luego los relevase por dinero, incurrió en descrédito y en desprecio. La primera mala señal que tuvo, fue de parte de aquella Diosa, la cual piensan unos que fue Vénus, otros Juno, y otros la causa y naturaleza que de lo húmedo sacó los principios y semillas de todas las cosas, y mostró á los hombres el origen de todos los bienes: pues saliendo del templo, primero tropezó y cayó en la puerta Craso el jóven, y despues el padre cayó en pos de él.

Quando ya estaba para mover las tropas de los cuarteles de invierno le llegaron embajadores del Rey Arsaces, trayéndole un mensaje muy breve, porque le dijeron: que si aquel ejército era enviado por los Romanos, la guerra seria perpetua é irreconciliable; pero que si Craso habia llevado contra ellos las armas y ocupado sus ciudades sin el permiso de la patria y por sus intereses particulares, que era lo que se les habia informado, Arsaces estaba dispuesto á usar de moderacion, compadeciéndose de la ancianidad de Craso; y que le restituiria los soldados, que mas bien se hallaban en custodia que en guarnicion. Díjoles Craso con altanería que en Seleucia les daria la respuesta; y el mas anciano de los embajadores llamado Vagises, echándose á reir, y mostrando la palma de la mano: Aquí, ó Craso, le dijo, nacerá pelo antes que tú veas á Seleucia. Retiráronse pues cerca de su Rey Hirodes, anunciándole ser inevitable la guerra. De las ciudades de Mesopotamia que guarnecian los Romanos pudieron escapar algunos contra toda esperanza, y trajeron nuevas propias para inspirar cuidado, habiendo sido testigos oculares del gran número de los enemigos, y de los combates que habian sostenido en las ciudades; y como suele suceder, todo lo pintaban del modo mas terrible: que eran hombres, de quienes si perseguian, no habia como librarse,

y si huian, no habia como alcanzarlos; que sus saetas eran voladeras y mas prontas que la vista, y el que las lanzaba antes de ser observado habia penetrado por do quiera; y finalmente que de las armas de los coraceros, las ofensivas estaban fabricadas de manera que todo lo pasaban, y las defensivas á todo resistian sin abollarse. Los soldados al oír esta relacion cayeron de ánimo: pues quando creian que los Partos serian como los Armenios y Capadocios, á los que Luculo llevó como quiso hasta cansarse, y que lo mas difícil de aquella guerra seria lo mucho que habria que andar en persecucion de unos hombres que nunca venian á las manos, se encontraban contra lo que se habian prometido, con que los esperaban grandes combates y peligros: así es que aun algunos de los primeros del ejército creyeron que Craso debia contenerse, y deliberar de nuevo sobre el partido que convendria tomar, de cuyo número era el cuestor Casio. Anunciábanle tambien reservadamente los agoreros que las víctimas le daban siempre funestas y repugnantes señales; mas ni á estos quiso dar oídos, ni á ninguno que no le hablase de ir adelante.

Vino en esto á confirmarle maravillosamente en su propósito Artabaces, Rey de Armenia, porque pasó á su campo con seis mil soldados de á caballo, que dijo constituian su guardia y su defensa, prometiendo otros diez mil armados de corazas, y treinta mil infantes que mantendria á su costa. Aconsejaba á Craso que se dirigiera por la Armenia á la Partia, pues no solo tendria su ejército abundantemente provisto por su cuidado, sino que caminaria con toda seguridad, haciendo la marcha por montes y collados de continuos, y por sitios ásperos, inaccesibles á la caballería, que era toda la fuerza de los Partos. Apreció mucho su buena voluntad y sus cuantiosos socorros; mas díjole que le era preciso marchar por la Mesopotamia, donde habia dejado muchos y buenos soldados romanos; y el Armenio á esto cedió, y se retiró. Quando Craso conducia su ejército cerca de Zeugma se degajaron frecuentes y terribles truenos, y se fulminaron muchos rayos en frente del ejército; y un huracan violento con nubes y torbellino, hiriendo en el ponton

que preparaba, derribó y destrozó la mayor parte. Fue tambien dos veces tocado del rayo el lugar adonde iba á establecer su campamento. El caballo de uno de los gefes, visiblemente enjaezado, derribó al ginete, y arrojándose al rio, se sumergió, y desapareció. Dícese que levantada para marchar la primera águila, por sí misma se volvió lo de adelante atras. Quiso tambien la casualidad que al repartir á los soldados sus raciones despues de haber pasado el rio, lo primero que se les dió fueron lentejas y sal, cosas que son entre los Romanos de luto, y se ponen á los muertos. Habló Craso á las tropas, y en el discurso se dejó caer una expresion, que en gran manera disgustó al ejército: porque dijo que rompería el puente para que ninguno pudiese volver; y cuando convenia, luego que conoció el mal efecto que habia producido, recojerla y alentar á los tímidos, se desdeñó de hacerlo por orgullo. Finalmente haciendo la acostumbrada expiacion del ejército, y presentándole el agorero las entrañas de la víctima, se le cayeron de las manos, con lo que se mostraron inquietos los que se hallaban presentes; mas él, sonriéndose: Estas son cosas de la vejez, les dijo; pero á bien que las armas no se me caerán de la mano.

Movió de allí por la orilla del rio, llevando siete legiones de infantería, cerca de cuatro mil caballos, é igual número de tropas ligeras. En esto vinieron á darle parte algunos de los exploradores de que el país estaba desierto de hombres; pero se advertian huellas de gran número de caballos, que mudando de direccion, se habian vuelto atras; con lo que se encendieron mas las esperanzas en Craso, y los soldados empezaron tambien á mirar con desprecio á los Partos, como que no eran hombres para venir con ellos á las manos; pero Casio volvió sin embargo á representar á Craso que seria bueno recoger las tropas y darles descanso en una ciudad fortificada hasta tener noticias mas ciertas de los enemigos; ó cuando no, marchar á Seleucia constantemente por la márgen del rio, pues con esto los trasportes que no se apartarian nunca de la vista del campamento, los surtirian abundantemente de provisiones; y sirviéndoles el rio mismo de defensa para no ser cortados, podrian

pelear siempre con igual ventaja contra los enemigos.

Cuando Craso estaba reflexionando y consultando acerca de estas cosas sobrevino un príncipe arabe llamado Acbaro, hombre doloso y astuto, y que entonces fue para ellos el mayor y mas consumado mal de cuantos para su perdicion amontonó la fortuna. Acordábanse algunos de los que habian servido con Pompeyo de que habia disfrutado de su favor, y tenia concepto de ser amante de los Romanos. Arrimóse entonces á Craso por dictámen de los generales del Rey, para que viera si acompañándolo podria llevarlo lejos del rio y de los barrancos, introduciéndolo en una vasta llanura, donde pudiera ser envuelto; porque á todo se deteminaban, menos á combatir de frente con los Romanos. Venido pues Acbaro á la presencia de Craso, como elocuente que tambien era, empezó á celebrar á Pompeyo que habia sido su bienhechor; y dando á Craso el parabien de mandar tales fuerzas, culpó su detencion en examinar y tomar disposiciones, como si le faltaran armas y manos, y no tuviera mas bien necesidad de pies ligeros contra unos hombres, que lo que bucaban tiempo habia era robar lo mas precioso que pudieran en riquezas y en personas, y retirarse á la Escitia ó la Hircania; « Y si vuestro ánimo, decia, es pelear, lo que conviene es usar de celeridad y prontitud, antes que el Rey cobre aliento, y reuna en un punto todas sus fuerzas; cuando ahora no tenemos contra nosotros mas que á Surena y Silaces, que han tomado á su cargo el resistirnos; y aquel no sabe dónde para. » Todo esto era falso, porque Hirodes habia hecho desde luego dos divisiones de sus tropas; y talando él la Armenia, para vengarse de Artabaces, habia opuesto á Surena contra los Romanos; no por desprecio, como han querido decir algunos, pues no podia desdeñarse de tener por antagonista á Craso, varon muy principal entre los Romanos, é irse á pelear con Artabaces, haciendo correrías por el país de los Armenios; sino que lo que se conjetura es que temeroso del peligro se propuso estar en celada y esperar el éxito, y que Surena se adelantara á tentar la batalla y detener á los enemigos. Porque tampoco Surena era un hombre plebeyo, sino en riqueza, en linaje y en opinion el segundo des-

pues del Rey; en valor y en pericia el primero entre los Partos de su edad; y ademas en la talla y belleza de cuerpo no habia nadie que le igualara. Marchaba siempre solo, llevando su equipaje en mil camellos, y en doscientos carros conducia sus concubinas, acompañándole mil soldados de á caballo armados, y de los no armados mucho mayor número, como que entre dependientes y esclavos suyos podria reunir hasta unos diez mil. Tocábale por derecho de familia ser quien pusiese la diadema al que era nombrado Rey de los Partos; y él mismo habia vuelto á colocar en el trono á Hirodes, arrojado de él, y le habia reconquistado á Seleucia, siendo el primero que escaló el muro, y quien rechazó con su propia mano á los que se le opusieron. No tenia entonces todavía treinta años, y con todo gozaba de una grande opinion de juicio y de prudencia: dotes que no fueron las que contribuyeron menos á la ruina de Craso, mas expuesto á engaños que otro alguno; primero, por su confianza y orgullo; y despues por el terror y por los mismos infortunios que sobre él cargaron.

Luego que Acbaro le hubo seducido apartándole del rio, le llevó por medio de la llanura, al principio por un camino abierto y cómodo; pero molesto despues á causa de los montones de arena, y por ser el terreno escueto, falto de agua, y tal que no ofrecia término ninguno donde los sentidos reposasen; de manera que no solo se fatigaban con la sed y la dificultad de la marcha, sino que lo desconsolado de aquel aspecto causaba afliccion á unos hombres que no veian ni una planta, ni un arroyuelo, ni la falda de un monte, ni yerba que empezase á brotar; sino una vasta planicie, que á manera de la del mar envolvía al ejército entre arena, con lo que ya empezaron á sospechar del engaño. Presentáronse á este tiempo mensajeros de Artabaces, Rey de Armenia, avisando que se veía oprimido de una violenta guerra, por haber caído sobre él Hirodes, lo que le imposibilitaba de enviarles auxilios; pero aconsejaba á Craso que retrocediera, pues trasladándose á la Armenia combatirían juntos contra Hirodes; mas que cuando á esto no se determinase, caminará con cuidado y procurará acamparse retirándose de todo

terreno á propósito para obrar la caballería, y buscando siempre las montañas. Craso nada le contestó por escrito, pero de palabra respondió, que por entonces no estaba para pensar en los Armenios; pero que luego volvería á tomar venganza de la traicion de Artabaces. Casio, aunque de nuevo se incomodaba con estas cosas, nada proponía ó advertía ya á Craso por verle irritado; pero fuera de su vista llenaba de improperios á Acbaro, á quien decia: «¿Qué mal genio, ó el mas malvado de todos los hombres, es el que te ha traído entre nosotros? ¿con qué yerbas ó con qué hechizos pudiste mover á Craso á que arrojara el ejército en una soledad vasta y profunda, haciéndole andar un camino mas propio de un nomade, capitán de bandoleros, que de un Emperador romano?» El bárbaro que sabia plegarse á todo, con este usaba de blandura, animándole y exhortándole á que tuviera todavía un poco de paciencia; pero á los soldados con quienes se juntaba como para darles algun alivio, los insultaba, diciéndoles con risa y escarnio: ¿Pues qué creéis que esto es caminar por la Campania, y echais menos sus fuentes, sus arroyos, sus deliciosos sombríos, sus baños y sus posadas? ¿no os acordais de que nuestra marcha es por los linderos de los Arabes y los Asirios? De esta manera se burlaba de los Romanos aquel bárbaro; el cual antes que mas á las claras se conociera el engaño, se ausentó, no sin noticia de Craso, á quien todavía hizo creer que iba á introducir la confusion y el desórden en el ejército enemigo.

Dícese que Craso no se vistió de púrpura aquel dia, como es costumbre entre los Romanos, sino de una ropa negra, la que mudó luego que se lo advirtieron. Corre asimismo que algunas de las insignias no pudieron ser movidas sino con gran dificultad por los que las llevaban, como si estuvieran clavadas, de lo que se rió Craso y avivó la marcha, haciendo que los infantes siguieran el paso de la caballería, hasta que vinieron algunos de los enviados en descubierta, anunciando que todos los demas habrian perecido á manos de los enemigos, y ellos solos habian podido huir, no sin gran trabajo; y que aquellos en gran número y con el mas decidido arrojo venian en disposicion de dar batalla. Turbáronse todos; y

Craso, que tambien se sobrecogió enteramente, á toda priesa sin detenerse, puso en órden el ejército: primero como lo deseaba Casio, que era formando muy clara la infantería para evitar, estendiéndola lo posible por el llano, el ser envueltos, y distribuyendo la caballería en ambos flancos; pero despues mudó de propósito, y apiñando las tropas, formó un cuadro de igual fondo por todas partes, componiéndose cada lado de doce cohortes, y á cada cohorte le agregó una partida proporcional de caballería, para que no hubiera parte que careciese de este auxilio, sino que por todos lados se presentara igualmente defendido. De las alas dió una á mandar á Casio, y la otra á Craso el jóven, reservando para sí el centro. Caminando en este órden llegaron á un arroyo llamado Baliso, no muy caudaloso y abundante; cuya vista causó el mayor placer á los soldados fatigados, y abrasados de calor en una marcha tan trabajosa y tan falta de refrigerio. Los mas de los gefes eran de opinion que debian allí hacer alto y pasar la noche, informándose en tanto del número, calidad y órden de los enemigos, y al dia siguiente al amanecer marchar contra ellos; mas Craso, envalentonado con que su hijo y los de caballería que tenia cerca de sí, le inclinaban á seguir adelante y trabar combate, dió órden de que los que quisiesen comieran y bebieran manteniéndose en formacion. Y aun antes que esto pudiera tener cumplidamente efecto, volvió á ponerse en marcha, no poco á poco ni con la pausa que conviene cuando se va á dar batalla, sino con un paso seguido y acelerado, hasta que impensadamente se descubrieron los enemigos, á la vista no en gran número ni en disposicion de inspirar terror; y es que Surena habia cubierto la muchedumbre de ellos con la vanguardia, y habia ocultado el resplandor de las armas, haciendo que los soldados se pusieran sobreropas y zamarras; mas luego que estuvieron cerca, y el general dió la señal, al punto se llenó aquel vasto campo de un gran ruido y de una espantosa vocería. Porque los Partos no se incitan á la pelea con trompas ó clarines, sino que sobre unos bastones huecos de pieles ponen piezas sonoras de bronce con las que mueven ruido; y el que causan tiene no sé qué de ronco y terrible, como si

fuera una mezcla del rugido de las fieras y del estampido del trueno: sabiendo bien que de todos los sentidos el oido es el que influye mas en el terror del ánimo, y que sus sensaciones son las que mas pronto conmueven y perturban la razon.

Cuando los Romanos estaban aterrados con aquella algazara, quitando repentinamente las sobreropas que cubrian las armas, aparecieron brillantes los enemigos con yelmos y corazas de hierro margiano de un extraordinario resplandor, y guarnecidos los caballos armados con jaceés de bronce y de acero. Apareció asimismo Surena alto y hermoso sobre todos, aunque no correspondia lo femenino de su belleza á la opinion que tenia de valor, por usar á estilo de los Medos de afeites para el rostro, y llevar arreglado el cabello; cuando los demas Partos para hacerse mas terribles dejan que este crezca á lo Escita desordenadamente. Su primera intencion era acometer con las lanzas, y poner en desórden las primeras filas; pero cuando vieron el fondo de la formacion y la firmeza é inmovilidad de los soldados romanos retrocedieron; y pareciendo que aquello era desbandarse y perder el órden, no se echó de ver que de lo que trataban era de envolver el cuadro. Así Craso mandó á las tropas ligeras que corriesen en pos de ellos; pero estas no fue mucho lo que se retiraron, sino que acosadas y molestadas de las saetas, volvieron á ponerse bajo la proteccion de la infantería de línea, siendo las primeras que causaron alguna conmocion y miedo en los que ya habian visto el temple y fuerza de unas saetas que destrozaban las armas, y que pasaban todas las defensas, por mas resistencia que tuviesen. Los Partos, separándose algun tanto, empezaron á tirarles por todas partes sin cuidadosa puntería, porque la union y apiñamiento de los Romanos no les dejaban errar, aun cuando quisiesen, causando heridas graves y profundas; como que aquellos tiros partian de arcos grandes y fuertes, que por lo vuelto de su curvatura despedian la saeta con la mayor fuerza. Era por tanto terrible la suerte de los Romanos, pues si permanecian en aquella formacion, recibian crueles heridas, y si intentaban moverse unidos, perdian el poder hacer lo que hacian en su